

# CAPÍTULO UNO

“Este es un mensaje general para los residentes de Long Island.” La primera vez que oyeron el mensaje, nadie reconoció la voz. Pero lo reproducían a toda hora, todos los días, durante semanas y en todas las frecuencias disponibles para asegurarse de que todos los humanos de la isla lo escucharan. Los aterrados refugiados, apiñados en grupos o solos en la naturaleza, llegaron a saberlo de memoria, pues resonaba implacablemente y se grababa a fuego en sus mentes y sus memorias. Al cabo de las primeras semanas los perseguía incluso en sueños, hasta que ni dormidos podían descansar de aquel comunicado sereno y metódico de muerte.

“No queríamos invadirlos, pero nos vimos obligados por las circunstancias.”

La voz, se enteraron a la larga, era de una científica llamada McKenna Morgan, y el “nosotros” al que hacía referencia eran los Parciales: supersoldados imposibles de detener, creados en laboratorios y desarrollados de a cientos para librar una guerra que los humanos no podían ganar por su cuenta. La libraron y ganaron, y cuando regresaron a Estados

Unidos y se encontraron sin hogar y sin esperanza, se volvieron contra sus creadores y entablaron una nueva guerra: la Guerra Parcial, la que acabó con el mundo.

Pero esta guerra tampoco fue la última, pues doce años más tarde tanto humanos como Parciales se encontraban al borde de la extinción, y cada especie estaba dispuesta a destruir a la otra con tal de sobrevivir.

“Buscamos a una muchacha llamada Kira Walker, dieciséis años, un metro setenta de estatura, aproximadamente sesenta kilos. De ascendencia india, tez clara y cabello negro, aunque es posible que se lo haya cortado o teñido para disimular su identidad.”

Apenas unos pocos en la isla conocían personalmente a Kira, pero todos sabían a qué se dedicaba: era paramédica, capacitada en el hospital para estudiar la peste llamada RM. Era conocida porque había descubierto la cura: había salvado la vida de Arwen Sato, la bebé del milagro, el primer humano recién nacido que había sobrevivido más de tres días en los últimos doce largos años. Kira era infame porque, en la búsqueda de la cura, había liderado dos ataques no intencionales contra el ejército Parcial, y al hacerlo, pensaban ellos, había despertado al monstruo que había permanecido dormido desde el fin de la Guerra. Había salvado al mundo, y a la vez lo había condenado. La primera vez que se oyó el mensaje, la mayoría de la gente no sabía si amarla u odiarla. Con cada muerte humana, sus opiniones se iban haciendo menos y menos complicadas.

“Entréguennos a esa chica y la ocupación terminará; si siguen escondiéndola, ejecutaremos a uno de ustedes cada día. Les pedimos que no nos obliguen a hacer esto por más tiempo que el necesario. Este mensaje se reproducirá en todas las frecuencias y se repetirá hasta que hayan cumplido con nuestras instrucciones. Gracias.”

El primer día mataron a un anciano, un maestro de la época en que aún había niños que asistieran a la escuela. Se llamaba John Dianatkah y tenía una colmena para hacer caramelos de miel para sus alumnos.

Los soldados Parciales le dieron un tiro en la nuca en medio de East Meadow, el asentamiento más numeroso de Long Island, y dejaron su cadáver en la calle como señal de que hablaban en serio. Nadie entregó a Kira porque, en aquel entonces, eran orgullosos e íntegros; los Parciales podían amenazarlos cuanto quisieran, pero ellos no cederían. Sin embargo, el mensaje siguió reproduciéndose, y al otro día mataron a una muchacha de apenas diecisiete años, y al siguiente a una anciana, y al otro, a un hombre de mediana edad.

“Les pedimos que no nos obliguen a hacer esto por más tiempo que el necesario.”

Pasó una semana, y murieron siete personas. Dos semanas, catorce personas. Mientras tanto, los Parciales no atacaban a los humanos, no los trasladaban a campamentos de trabajo; simplemente los mantenían acorralados en East Meadow y atrapaban a todos los que intentaban escapar. Si alguien atacaba a un Parcial, lo azotaban o lo molían a golpes; si causaba muchos problemas, podía convertirse en la siguiente víctima. Cuando un humano desaparecía por completo, corrían rumores en susurros apagados. Tal vez había escapado. Tal vez la doctora Morgan lo había llevado a su laboratorio ensangrentado. O quizá, simplemente, lo encontrarían a la noche siguiente en medio de la calle, de rodillas ante un Parcial, mientras el mensaje sin fin seguía brotando de todos los altavoces de la ciudad, hasta que cayera con una bala alojada donde había estado su cerebro. Cada día una nueva ejecución. Cada hora otro mensaje, el mismo mensaje, interminable e imposible de detener.

“Buscamos a una muchacha llamada Kira Walker.”

Aun así, nadie la entregaba; ya no por orgullo, sino porque no podían. Kira había abandonado la isla, decían algunos; otros afirmaban que estaba escondida en el bosque. *Por supuesto que se la entregaríamos si la tuviéramos, pero no la tenemos, ¿no se dan cuenta? ¿No entienden? ¿No pueden dejar de matarnos? Ya quedan muy pocos humanos, ¿no pueden buscar otra manera? Queremos ayudar, pero no podemos.*

“Dieciséis años... un metro setenta de estatura... ascendencia india... cabello negro.”

Al final del primer mes, los humanos tenían tanto miedo de sus propios congéneres como de los Parciales. Los aterraba la cacería de brujas que corría entre los refugiados como un viento ponzoñoso: *Tú te pareces a Kira; quizá te lleven, tal vez con eso baste.*

Chicas adolescentes, mujeres de cabello negro, cualquiera que pareciera tener ascendencia india, cualquiera que pareciera esconder algo. *¿Cómo sé que no eres Kira? ¿Cómo lo saben ellos? Tal vez dejen de matarnos, aunque sea por un tiempo. ¿Y cómo sabemos que no estás escondiéndola? No quiero entregarte, pero estamos muriendo. No quiero hacerte daño, pero nos están obligando.*

“Si siguen escondiéndola, ejecutaremos a uno de ustedes cada día.”

Por su diseño, los Parciales eran más fuertes que los humanos, más rápidos, tenían mayor capacidad de recuperación y eran más habilidosos en todos los aspectos. Los entrenaban como guerreros desde el día en que los sacaban del laboratorio, y peleaban como leones hasta cumplir los veinte años, cuando los mataba la fecha de vencimiento que tenían incorporada. Querían encontrar a Kira Walker porque la doctora Morgan sabía algo que los humanos ignoraban: que Kira era Parcial. Un modelo que nunca había visto, que no sabía que existía. Morgan pensaba que el ADN de la chica podía ayudarlos a eliminar la fecha de vencimiento. Pero aunque los humanos lo supieran, no les importaría. Ellos solo querían vivir. Fuera de la ciudad sobrevivía un puñado de luchadores de la resistencia, que se basaban en su conocimiento del terreno para mantenerse con vida mientras libraban una guerra perdida contra la extinción. Los Parciales superaban en número a los humanos en una proporción de 500 mil a 35 mil, más de diez a uno, y en combate los superaban en otro orden de magnitud. Cuando se decidían a matar humanos, no había forma de que estos pudieran detenerlos.

Hasta que la líder de la resistencia recuperó una ojiva nuclear de un destructor de la Armada hundido.

“No queríamos invadirlos” decía el mensaje, “pero nos vimos obligados por las circunstancias”.

Los integrantes de la resistencia se decían lo mismo mientras trasladaban la bomba al norte, hacia el territorio Parcial.